

conocimiento de los problemas que los puede llevar a plantear y resolver los mismos. Resultado de la complejísima realidad peruana, se ha desarrollado una escuela experimentada de científicos sociales (émulos de Mariátegui «que repiten el espíritu, no la letra») reconocidos internacionalmente, pero es sorprendente ver que ninguno de ellos está vinculado orgánicamente con las instancias gubernamentales que se ocupan de estos problemas. Este saber acumulado no pasa a niveles institucionales. Se produce aquí una paradoja: los que tienen un entendimiento de los problemas no tienen poder para actuar sobre ellos, y los que tienen un subentendimiento actúan frente a los problemas como pueden, con los resultados ya conocidos. Una prueba más de la necesidad de establecer canales de intervención del saber acumulado por la sociedad civil en los niveles de decisión del Estado.

En el caso peruano es todavía más flagrante la precariedad con que actuaron las *élites* políticas, pues se trata de un país que contó con brillantes pensadores de la política, de un gran nivel y de impacto continental: de tendencia social-cristiana, como Víctor Andrés Balaúnde, que presidió la Asamblea de Naciones Unidas en 1948; nacionalistas revolucionarios como Haya de la Torre, que dio nacimiento al movimiento Alianza Popular Revolucionaria Americana en 1928; indigenistas como Luis E. Valcárcel, que promovía la matriz andina como base del proyecto nacional; socialistas creativos como José Carlos Mariátegui, que con su vida y su obra inspiró a los movimientos de izquierda latinoamericana. Y recientemente, corrientes de ideas nacidas en el Perú como la teología de la liberación (Gustavo Gutiérrez) o la filosofía de la liberación (Augusto Salazar Bondy, Francisco Miró Quesada), no han sido cuerpos de ideas que hayan servido a formar las *élites* políticas peruanas, de modo que se puede decir que todo este valioso ideario atesorado a lo largo del siglo no se tradujo hasta ahora en experiencia política concreta.

Hay pues una rica tradición intelectual que no ha alcanzado todavía los niveles del poder, en gran parte porque el acento ha sido puesto en la función «esclarecida» de los individuos más que en una educación política de los grupos o movimientos sociales (en este sentido el fervor cuasi religioso de los adeptos de Haya de la Torre, Mariátegui o Abimael Guzmán es semejante).

Y, ciertamente, el Perú cuenta con grandes individualidades. Hay personalidades notabilísimas en las distintas esferas, pero que no se conciertan para una acción conjunta de la construcción nacional. Hay un ex-jefe de Estado como Fernando Belaúnde, patriarca de la política peruana, que poco a poco convierte su experiencia de estadística en fuente de enseñanza para las nuevas generaciones. Contamos con hombres de la talla de Javier Pérez de Cuéllar, descollante secretario general de la ONU, pero por contraste el país no cuenta con una diplomacia visionaria y moderna. Tenemos

un escritor reconocido como Mario Vargas Llosa, pero cuando fungió de candidato no supo interpretar las difíciles realidades del Perú profundo. A la expectativa, un político joven y proteico como Alan García, que cuando presidente prefirió la vistosidad de las decisiones que las decisiones transparentes, meditadas para el largo plazo. Hay notables constitucionalistas en todos los partidos, pero se les escapan de las manos y de sus leyes las realidades sociales del país. En fin, una *colección* de personalidades brillantes, pero con quienes no se puede hacer una clase dirigente, porque no existe ese principio de concomitancia, de concordancia (lo que Kant llamaba el principio de finitud, de acabado), para que las partes funcionen como un todo, es decir como un sistema.

¿Cómo crear ese ideario nacional, ese patrón mínimo de coincidencias, que sea lo que cohesione y mueva el sistema político? ¿Qué ideas y movimientos sociales pueden ordenar y dar sentido nacional a la acción individual de los hombres? Ciertamente, a veces un partido, un individuo o un equipo de gobierno pueden tener capacidad de convocatoria para articular la acción de la colectividad y las instituciones civiles en el Estado. Pero evitemos ser providencialistas y veamos por la experiencia histórica cómo han hecho los otros países para construir una institucionalidad política estable. Para estos casos, el estudio de los sistemas políticos comparados resulta de gran utilidad.

VI. Democracia plebeya: consagración de la nación

...mientras no sean sino una masa inorgánica, una muchedumbre dispersa, serán incapaces de decidir un rumbo histórico.

J. C. Mariátegui

¿Por qué el Perú aparece como un país laboratorio, un paradigma para sindicarse a un país en «crisis»? ¿Se trata realmente de una crisis, algo efímero y episódico, o se trata más bien de un proceso histórico inconcluso en la construcción del Estado-nación? La pregunta legítima que aflora es: ¿las sociedades nacen y crecen de modo espontáneo, o hay fuerzas sociales que las construyen, las equilibran y les dan destino? Al contrastar las soluciones que se dieron en el Perú antiguo con las que se ensayan hoy en día, uno queda sorprendido de la discontinuidad total. No hay que olvidar que se trata de un país con antiguas tradiciones comunitarias, que resolvió en el pasado complejos problemas de implantación territorial, tuvo un genio tecnológico para lograr una expansión agrícola en una geografía accidentada, utilizó un mecanismo fluido de movilización social para las gran-

des construcciones y servicios públicos; en fin, que tuvo formas propias y creativas de regulación política y social, al punto que los reformistas europeos del siglo XVII y XVIII (los precursores de la ciencia política actual) lo consideraban como un modelo novedoso de relación hombre-Estado naturaleza¹⁸.

Esta rica herencia histórica, latente en la *memoria colectiva*, otorga una densidad a los problemas socioculturales del país: el vigoroso proceso de mestizaje que se produjo en todos los órdenes a lo largo de cinco siglos, ha roto con todas las clasificaciones «científicas» convencionales para ubicar al hombre peruano por razas, por clases sociales o por entidades culturales. Lo más confortable ha sido llamarlos «desclasados». Con ímpetu emerge hoy un conglomerado social que construye su propia centralidad y sus propios valores, y que se puede identificar como plebe. Es necesario dar a esta noción un *estatuto conceptual*. Históricamente se advierte que fue la plebe la protagonista mayoritaria de las revoluciones sociales. Así ocurrió con la revolución francesa, fue el *tiers état* que en una alianza difusa con los escapados de la aristocracia, de la burguesía, y el llamado bajo pueblo, protagonizaron los hechos (no la ideología) de esta revolución. En la revolución rusa fue semejante el proceso: una alianza indefinida de obreros, campesinos, soldados, estudiantes, y toda clase de marginados de las clasificaciones sociales. En la revolución mexicana ocurre de igual modo, una vasta alianza de actores sociales en el que el *pelado*, los *peladitos* —es decir los desprovistos de todo, las masas pobres— tienen un rol protagónico; y en Cuba y Nicaragua fue parecido. Son estas masas las que ponen los muertos y los héroes anónimos de las revoluciones. Han sido los historiadores y los ideólogos quienes, tras los hechos, han dado una versión aséptica y ordenada de estas convulsiones sociales protagonizadas por la plebe.

Pero no todas las revoluciones son ruidosas y espectaculares. Las hay silenciosas y subterráneas. Los profundos cambios sociales, la intensidad de la migración, la reformulación de patrones culturales y económicos, las estrategias de supervivencia para vencer los acechos de la pobreza y el hambre, han hecho aflorar a la luz pública nuevos actores de la política, la cultura y la economía peruanas. La plebe siempre se desborda hasta que alcanza los niveles oficiales de la conducción de la sociedad; entonces se institucionaliza. Algo de esto es lo que está ocurriendo en el Perú¹⁹.

Esta referencia a la plebe o a la sociedad plebeya tiene su razón de ser en el Perú. El Perú nacido de la independencia de España (1821) fue calificado certeramente por los historiadores de república aristocrática, porque era gobernada por un selecto grupo de familias criollas desde Lima, preocupándose del Perú popular y del inmenso territorio que heredaron. Buena parte de este territorio lo perdieron en guerras con países vecinos,

¹⁸ Montiel, Edgar. «Amérique-Europe: le miroir de l'altérité», en *Diogène*, n.º 159. Paris. UNESCO/Gallimard, 1992, pp. 28-40.

¹⁹ Es ese conglomerado humano —sumatoria de razas, culturas, religiones, tradiciones sin perfiles identitarios definidos— el que hizo posible que Alberto Fujimori alcanzara el 60 por ciento del voto ciudadano. Fujimori fue un candidato revestido de símbolos para la masa electoral: migrante, mestizo a su manera, ligado al campo (ingeniero agrícola), beneficiado del prestigio de honrados y de trabajadores que tienen los «chinos» en el Perú, maestro, paciente, parco y resuelto (antimodelo del «criollo limeño», inconstante y hablantín). No digo que se hayan verificado luego estos rasgos en el personaje, pero los sugirió y generó un mecanismo de identificación con la masa electoral. Adhesión todavía más evidente cuando el candidato del Perú formal, Mario Vargas Llosa, mantuvo una línea de conducta que lo identificaba como el candidato de los «blanquiñosos».

²⁰ Franco, Carlos. *La otra modernidad. Imágenes de la sociedad peruana*. Lima. CEDEP, 1991.

²¹ *Una revisión histórica sobre la condición jurídica y social de los negros durante la conquista y la colonia, me permitió visualizar nítidamente la enorme preocupación política del virrey por el control social estricto de las masas plebeyas (indios, negros, zambos, cuarterones, pardos, libres, mestizos, españoles pobres y criollos) como requisito indispensable para el mantenimiento del orden económico y político colonial. Esas multitudes plebeyas han sido ayer como hoy, dinámicas e incontrolables en sus transformaciones sociales y culturales. Este repaso histórico nos pareció insalvable desde el punto de vista metodológico para poder hablar con propiedad —en términos culturales y filosóficos— sobre identidad del hombre peruano y del tipo de humanismo que se requiere para su liberación integral. Se pueden consultar nuestros ensayos: «Los negros en las leyes del conquistador», en *Socialismo y Participación*, n.º 58, Lima, junio de 1992; y también «Los negros en el mundo andino», en *Cuadernos Americanos*, n.º 36, México, noviembre de 1992; como «De L'Afrique aux Andes. Conquête et identité américaine», en *Diogène*, 164, París 1993.*

y con esa masa popular no construyeron la nación como categoría política. En el siglo XX se siguió hablando (Jorge Basadre, Pablo Macera, Alberto Flores Galindo) de este tipo de régimen como el de una oligarquía señorial, caracterizada por la indiferencia ante las profundas transformaciones sociales. Carlos Franco, por su parte, en sus «exploraciones a la otra modernidad», muestra la fuerza actual de la plebe urbana en la nueva configuración social y política del Perú²⁰. Podemos sostener la validez histórica del concepto de plebe porque los resultados de una investigación de tipo histórico sobre los derechos de indios, negros, mestizos, criollos y españoles pobres durante la conquista y el coloniaje, nos llevaron a la conclusión de que esa plebe constituía la gran preocupación de los virreyes²¹. En ellos veía el poder colonial el germen de la futura nación peruana independiente, por ello virreyes como Toledo en el siglo XVI, Luis de Velasco en el XVII, o Gil de Taboada en el XVIII, se preocuparon de impartir expresamente Cédulas Reales para «encomendar» indios, «asentar» a los negros, «avasallar» a los mestizos y españoles pobres (que los había en buena cantidad), es decir una vasta empresa de permanente y riguroso control social, porque el gran problema para el poder colonial era que esta masa era insalvable, incontrolable. El virrey Hurtado de Mendoza, por ejemplo, llega a restringir la entrada de negros e indios en Lima. Parte de esta estrategia era separar drásticamente a indios de negros. La plebe alzada en armas era la pesadilla de los jefes del virreinato (como lo mostró el levantamiento de Túpac Amaru II), como lo fue también para la república aristocrática. Tras cuatro siglos de una presencia pujante, esta plebe aflora hoy en todos los ámbitos de la sociedad. Pero seguirá como una masa amorfa, como estuvo siempre, si no encuentra una direccionalidad, una arquitectura institucional, que la convierta en fuente social de la nación moderna.

La democracia como sistema político es un asunto de pueblos, de mayorías, pero en el que cada individuo cuenta como ciudadano, como elector. En la esencia de la idea democrática está la soberanía popular como fuente absoluta de legitimidad del poder público; por eso esta masa de electores puede decidir, en democracia, el rumbo del país. De esa masa ciudadana deberán salir las nuevas clases dirigentes; el enorme desafío es elevar esa plebe a la institucionalidad política, a conformar el proyecto nacional. La formación de este nuevo personal político, la construcción del sistema político que los integre y represente, constituyen los imperativos para crear un Estado nacional estable y duradero.

Continuando sus propias experiencias históricas, las masas empobrecidas del Perú actual han formulado sus estrategias de sobrevivencia, sus modalidades de intervención política, basándose en la reciprocidad (que es mucho más profunda que la solidaridad), para hacer frente a las adversida-

des de hoy. No porque crean en una ilusa «utopía andina», como han creído algunos historiadores, sino porque simplemente continúan una tradición ancestral que les es familiar y que existe aún. Estas experiencias de reciprocidad han tomado en la urbe diferentes formas: empresas familiares, cooperativas de producción y consumo, asociaciones para la olla popular, campaña del vaso de leche para los niños, los botiquines populares, las ferreterías comunitarias, la autoconstrucción por grupos de vecindad y múltiples formas, que en las actuales circunstancias de abandono del Estado de sus obligaciones sociales y de los ajustes lanzados por el neoliberalismo, estas formas de cooperación social resultan decisivas para la supervivencia de la población.

Estas experiencias han forjado una generación de líderes y dirigentes populares fogueados en las luchas y quehaceres cotidianos, experimentados en sus gestiones, con sus estilos de conducción inmediatistas y parcelares (calificados de «basistas» por algunos sociólogos), pero, a fin de cuentas, han ido acumulando una experiencia valiosa para la gestión y dirección de sus movimientos. Algunos han sido ya alcaldes y diputados. De esta generación de dirigentes salen y saldrán los nuevos contingentes de la clase dirigente del país. No se trata de restar sino de sumar: habrá que sumar las «individualidades» de la política formal con las nuevas figuras del movimiento popular. Hay que ir al encuentro de las corrientes dirigenciales venidas de abajo con las que vienen de arriba. En esta articulación orgánica reposa la posibilidad de construir la *élite* dirigente nacional. Nacional porque no puede haber una relación de exclusión sino de concomitancia, de comunidad²².

Al concluir estas reflexiones sobre el Perú de hoy, en el que he procurado emular a Mariátegui no en la letra sino en el espíritu (como él hizo con González Prada), que se me permita decir del Amauta, en esta hora estelar de su centenario, lo que él dijo de su ilustre ancestro en la aventura de interpretar al Perú:

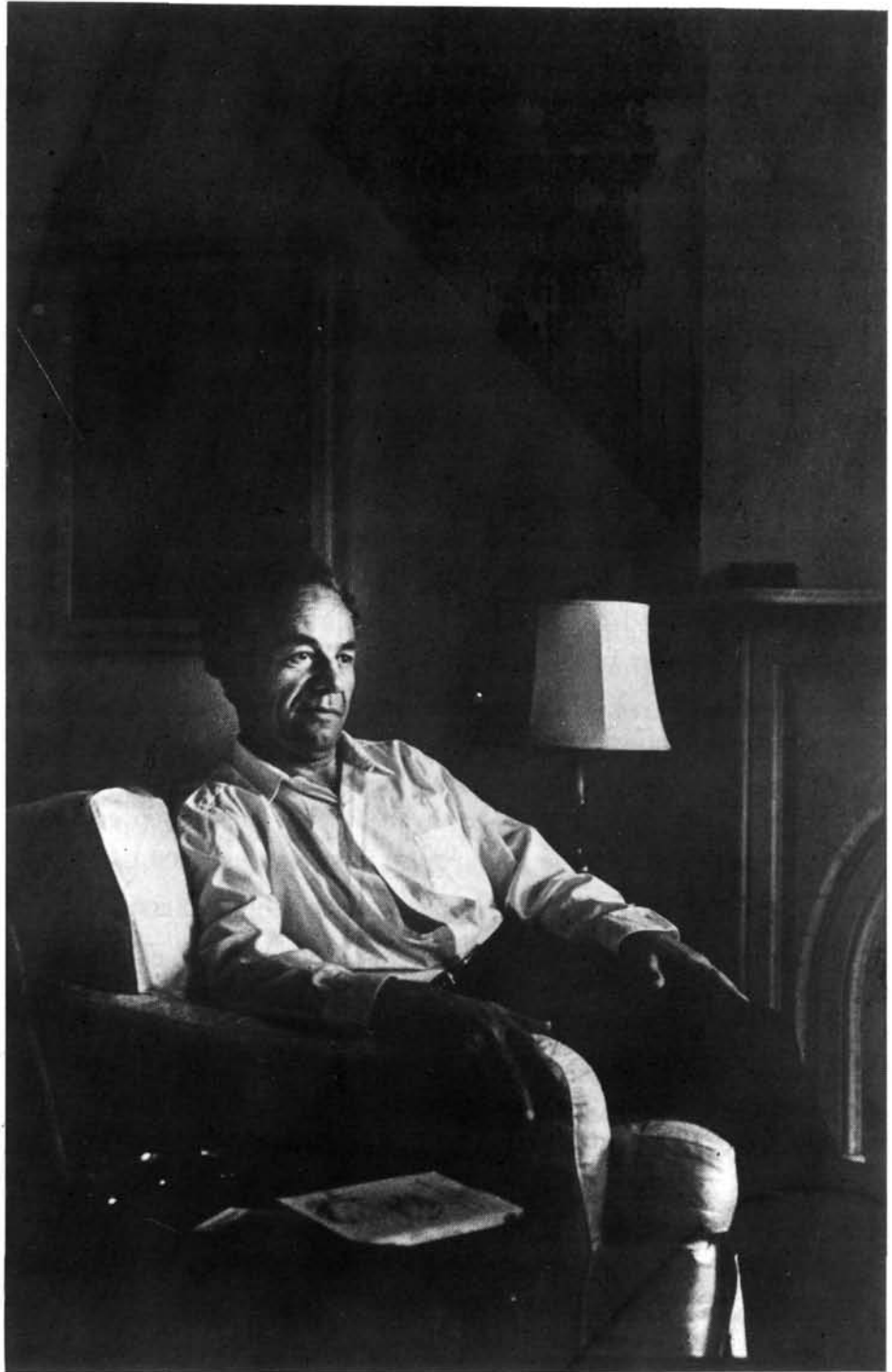
Es, históricamente, el primer peruano... en Garcilaso se dan la mano dos edades, dos culturas. Pero Garcilaso es más inka que conquistador, más quechua que español. Es, también, un caso de excepción. Y en esto residen precisamente su individualidad y grandeza.

Siete ensayos

Individualidad y grandeza de dos eminentes constructores de la nación.

Edgar Montiel

²² Ver el debate entre Teresa Tovar («Los nuevos actores del movimiento popular») y María Rosa Boggio («El reto de una participación articuladora»), en *El Perú del futuro: responsabilidad de hoy*. Lima. CEP. 1991.



Nicanor Parra en 1969
(Foto: Jesse A.
Fernández)